

Juan Cruz

Esta nueva novela de José Ovejero, *Vibración* (Galaxia Gutenberg) no se puede explicar en una entradilla porque es un escalofrío que podría ser, también, el cuadro de una nación en estado de creación o de guerra... Al autor le han interesado siempre "las historias de los silencios que vertebran" el país, y aquí ha ahondado en una España despoblada, o pobladísima, en la que esos silencios son violencias que están acechando como un drama hundido que reverbera. Él ha dicho que su objeto, como literato, "no es la belleza sino la verdad", y en *Vibración* da la impresión de que la belleza es la verdad literaria que consigue. Él ha tenido muchos premios (el Alfaguara, por *La invención del amor*; el Juan Gil Albert de poesía, por *Mujer lenta*; el Setenil, por su libro de cuentos *Mundo extraño*, que publicó otra editorial suya, Páginas de Espuma). Nació en Madrid, en 1958, y vive fuera del mundanal ruido, aunque regresa al sonido y la furia de la ciudad, por ejemplo para explicar esta novela, para intervenir en actividades literarias y, además, para explicarse por qué es mejor estar tanto en las afueras. Una de sus grandes novelas, basada en un hecho real, y narrada con la minuciosidad y la lentitud que hacen más escalofriante su relato, es *Nunca pasa nada* (Alfaguara, 2009), que incluye escalofríos que florecen también en esta *Vibración* que ahora aparece.

—Así que nunca pasa nada...

—Bueno, no ha pasado mucho desde entonces, desde aquel título de hace quince años...

—Lo cierto es que al leer aquel título sentí que todo lo que sucedía en él también me sucedía, y pasa con este libro. Su necesidad de contar le llega al lector como si nos alcanzara también...

—En mi caso, la necesidad de contar nace desde la niñez, porque empecé a escribir desde entonces. A pesar de que vengo de familia obrera, sin una gran biblioteca, sin contacto alguno con el mundo, ni cultural ni periodístico. No sé por qué me vino esta pulsión de escribir, pero al final he llegado a una

pequeña explicación. Mi madre me contaba historias que me fascinaban, porque no eran de mundos que me eran ajenos, historias de su pueblo que a ella le hubiera gustado escribir. Pero ni la época en la que nació ni la educación que tuvo le permitieron hacerlo del todo. Pero ha seguido escribiendo y yo, que sí tuve los medios, amplí esa vocación, que es de la que nace el José Ovejero escritor que tiene delante y que es escritor desde niño.

—En las dedicatorias finales está su madre en primer término. Seguro que esa dedicatoria tiene una raíz aun más profunda que la propia literatura...

—Sí, tiene que ver con una admiración, con un reconocimiento que vale para mis padres. Lo que pasa es que mi relación con ella fue más estrecha, y además los dos siempre me han interesado incluso como personajes... Ella descubría en mis libros cosas que le aterraban...

—¿Qué le ha dicho de esta novela?

—Le ha gustado mucho. Le ha interesado el hecho de que ocurre en un espacio que nunca se menciona, esa especie de Siberia extremeña, que es de donde eran mis antepasados maternos y donde ella se ha ido a vivir ahora. Muchas de las historias que cuento en *Vibración* son ecos de sucesos que hubo allí y están en la novela.

—¿Cómo nace la escritura de este libro?

—Todos mis libros nacen de una fascinación, de algo que descubro que me fascina y que me pone a escribir. Cuando eso no perdura dejo la escritura porque veo que aquello no perdura. En otros libros descubres que sí, que hay algo que te está llamando y no sabes bien qué es y la única manera de descubrirlo es escribiéndolo. Es curioso en el caso de este libro, que lo escribí igual que como me ocurría a los veinte años, con la sensación de que quizá nadie lo iba a publicar. De hecho, en aquellos tiempos, y hasta muy tarde, no me respondían las editoriales, en una época en que además vivía en el extranjero, sin contacto con el mundo literario o cultural. Escribía por la fascinación de contar. En este caso, llevaba doscientas páginas y pensaba que sí, que estaba escribiendo, pero no tenía un libro, escribía por el deseo o por el placer de contar. Estaba metido en el espacio de la infancia que había abandonado hacía décadas y al que volvía ahora. Volví a pasear por esas calles y por esos paisajes y de pronto sentí esa vibración, un eco del pasado en el presente. Como si estuviera en medio de una excavación arqueológica: empiezas desde la ca-

José Ovejero
Escritor

“Mis libros nacen de una fascinación”

“A mí me interesaría mucho contar la historia de los silencios que vertebran la nación”

Benjamin y la traducción

Esperanza Bielsa y Antonio Aguilera

Ediciones del Subsuelo, 261 páginas

Hace ya cien años de la publicación original del ensayo de Walter Benjamin "La tarea del traductor", considerado el texto central del siglo XX sobre la traducción. Benjamin mantuvo un interés relevante en la traducción durante toda su vida, aunque con importantes transformaciones que tuvieron que ver con su desarrollo filosófico. "Benjamin y la traducción" contiene nuevas versiones de los tres textos que Benjamin escribió sobre la traducción en distintos momentos de su trayectoria, así como las interpretaciones críticas de los autores de este libro.



Perro viejo

Ernesto Mallo

Siruela, 205 páginas

Otra entrega de Ernesto Mallo protagonizada por el comisario Lascano, su investigador. Ingresado en El Hogar, una residencia geriátrica de lujo, Lascano se halla en sus horas más bajas: allí mismo acaba de cometerse un crimen del que resulta ser el principal sospechoso y que ni él mismo, debido a sus cada vez más frecuentes fallos de memoria, está seguro de no haber perpetrado. Aun así, siente la llamada del deber y colabora con la policía en una investigación que podría llevarlo a la cárcel. Pero la búsqueda del culpable irá revelando que no son pocos aquellos con motivos más que sobrados para haber eliminado a la víctima...



Los hiperbóreos

Pietro Castellitto

Letras de Plata, 224 páginas

Eran el león, la ballena, el cervatillo, los protagonistas de una obra de fin de curso en la que el canguro había desaparecido y sus amigos debían encontrarlo. Ahora tienen casi treinta años y deambulan por los meandros de una vida dorada: comen pescado crudo y patanegra, beben vinos selectos, fuman esencias, se drogan igual que consumían caramelos de niños, navegan, salen de fiesta, se dedican a las artes, intentan hacer política. Tienen cuerpos esculpidos y llevan ropa cara; son hijos de célebres directores y periodistas, de multimillonarios con fortunas sólidas y antiguas, o recientes y sospechosas.

